

# ¿UN PADRE MUERE REALMENTE?

ABŪ AL-MA'ĀTĪ

Introducción por  
KADREYA ZAKI FADL

Traducción por  
KADREYA ZAKI FADL y ADRIANA SANGUINETTI

*El Colegio de México*

EL AUTOR de este cuento pertenece a una generación que abrió los ojos a un mundo en plena transformación, el mundo de la revolución de 1952. Creció con la ilusión de una sociedad justa y de una nación árabe unificada y progresista, bajo el liderazgo entonces indiscutible de Nasser. Es muy poco lo que se conoce con precisión de sus datos biográficos. Cursó sus estudios primarios y secundarios en los institutos religiosos de Al-Azhar. Más tarde ingresó a la facultad de Dar-al-Ulum de la Universidad de El Cairo. A mediados de la década de los cincuenta obtuvo su licenciatura en Filología árabe y Estudios islámicos. En la actualidad forma parte del personal especializado de la Academia Árabe de la Lengua.

Obtuvo diversos premios nacionales de literatura. Su novela sobre el líder revolucionario Abd Allah al-Nadīm, orador del movimiento de Uralsi de fines del siglo pasado, recibió como premio del Ministerio de Cultura una subvención para dedicarse libremente durante un año a la creación artística.

Es en el campo del cuento donde Abū al-Ma'atī manifiesta un mayor dominio. He publicado varias colecciones, entre otras: *Una muchacha en la ciudad* (Fatā fi-l-Madīne,

1961), *La sonrisa misteriosa* (Al-Ibtisām al-Gōmida, 1962), *La gente y el amor* (Al-Nas mo-l-Hubb, 1966), *La vuelta al destierro* (Al-'Arvola lā-l-Nafī), la mencionada biografía y *La ilusión y la verdad* (Al-Washm mo-l-Hagiga, 1974). De ésta última hemos escogido el presente cuento. Nuestro autor se sitúa en la línea del realismo crítico que se inicia en la novelística árabe, principalmente con los cuentos de Yusuf Idrīs. Esta corriente se enriquece con la experiencia profunda de Abū al-Ma'ā tī, que partiendo de la realidad hace felices incursiones en lo más profundo del alma de sus personajes, dando una importante dimensión psicológica a la realidad.

El cuento que presentamos es expresión de esta tendencia. En el ambiente íntimo de la relación madre-hijo muestra la tragedia de la incertidumbre en que se vieron sumergidas las familias egipcias a raíz de la frustrada guerra de 1967. Miles y miles de soldados y oficiales se perdieron en el Sinaí sin que se pudiera diferenciar si estaban muertos o si habían desaparecido. La actitud de la madre, resistente y soberbia, a pesar de su desgarramiento interior, tipifica la de todo el pueblo. La del niño, rebelde y sabio, representa a la nueva generación, que supera aquella incertidumbre y camina decididamente hacia el futuro en una actuación propia del niño que ha alcanzado prematuramente esa madurez y sabiduría, que ya los antiguos griegos habían considerado inseparable del carácter del pueblo egipcio.

### ¿UN PADRE MUERE REALMENTE?

- Mamá... ¿por qué apagaste la radio?
- Puedes prenderla cuando quieras.
- ¡Pero tú la apagas cada vez que yo la prendo!
- Me duele un poco la cabeza esta noche.
- ¿Siempre te duele, mamá?
- Sí... ¡No!

Rāshid se calla un instante, mientras su madre va hacia el dormitorio, pero se detiene cuando una pequeña mano tira de los bordes de su vestido y se vuelve para encontrar

a su niño echando el cuerpo hacia atrás, confiado en que el vestido se transformará en un lazo fuerte. Esto es lo que siempre detiene a su madre donde quiere, y le permite echarse hacia atrás, todo lo que puede, sin temor a caerse.

Resignada vuelve hacia él para formar con su pecho y sus brazos un lazo más sutil.

—Ya no eres un niño, mi querido... ya eres un hombre... dentro de dos meses cumplirás nueve años. ¿Por qué haces esto?

—¿Y festejaremos mi cumpleaños?

—Sí.

—Con una fiesta grande y prenderemos la radio y el tocadiscos y todos nos divertiremos.

—Sí.

—Y harás un pastel grande y encenderemos las velitas y colgaremos las...

—Sí... Sí... ¡Sí!

—¿Te sigue doliendo la cabeza, mamá?

—Sí.

Rashid se calla un instante. Su rostro se pone tenso, como si buscara con la voz el camino hacia los oídos de la madre, con un tono que no es propio de un niño de nueve años.

—¿Quién vendrá a la fiesta, mamá?

La madre vuelve, mientras analiza y examina la pregunta, como si hubiera caído en un tipo de lazo del que no se puede liberar. Esta vez dice con resignación desesperada.

—Tus dos tíos... todos los amigos que quieres.

—Quiero que papá venga a esta fiesta.

—Si termina su misión, seguramente vendrá.

—¿Y cuándo termina su misión?

Con toda la calma de la que es capaz, dice:

—No sé... ya te he dicho muchas veces que no sé...

—luego agregó como si le pidiera perdón: —Cuando la misión termine, papá nos enviará una carta informándonos la fecha de su llegada...

—Pero papá sabe que mi cumpleaños es dentro de dos meses.

—Sí.

—Va a venir... tiene que venir... y vendrá con él... y... y... Las ceremonias del hijo terminan cuando éste se duerme: sólo el sueño la salva de esa persecución que se repite todos los días, de diferentes maneras, pero sin terminar jamás.

A la tenue luz de la lámpara comienzan las ceremonias del padre, comienzan cada noche cuando ella yace en el lecho y la imagen aparece justo enfrente de ella, surgiendo de un marco de madera grabada en oro. Hace más de diez años que está en aquella posición, con la misma sonrisa débil y confiada en los labios, con el mismo traje militar. Con las mismas viejas insignias... después recibió las condecoraciones más altas, los grados más elevados. Pero esta antigua fotografía era la más cercana a su corazón, porque era la de su primer amor, la fotografía de su esposo, y desde que tuvieron a su hijo Rāshid, se convirtió también en el retrato de papá, "papá" de toda la familia. A ella le gustaba tener un "papá" joven como él...

Hacía meses que había sido llamado a participar en esa última guerra, que estalló inesperadamente y terminó del mismo modo, inesperadamente. Y no volvió, esperó días y semanas y meses, y no volvió. No es la única que espera su regreso, Rāshid también está esperando y no es fácil decirle a Rāshid lo que puede decirse a sí misma. Ella debía dominar al mismo tiempo varios lenguajes: en el día hablaba el lenguaje de la gente, conversaba con su hermano, con el hermano de su esposo, con los visitantes, los amigos, los vecinos y los parientes... y las expresiones de éstos eran claras y casi definitivas. Es verdad que ninguno de ellos hablaba en forma abierta sobre la muerte del padre, pero todos la trataban como a la viuda de un mártir que cumplió con su deber y el estado comenzó a pasarle su paga mensual, precisamente como a las viudas de estos mártires. Pero todos estuvieron de acuerdo en que era conveniente hablar con el hijo en un lenguaje diferente.

En vista de su corta edad y recordando el gran afecto que

lo unía a su padre afirmaron que explicarle al niño la verdad del caso —ahora por lo menos— era darle un golpe que afectaría todo su futuro. Uno de los tíos dijo: —Con el tiempo se acostumbrará a la ausencia de su padre; entonces, decirle la verdad no le va a causar ningún daño.

Ella no se da cuenta de que quizá había aceptado estos consejos, porque ella más que nadie sentía temor por él, al mismo tiempo que le temía. De algún modo se había sentido responsable por la pérdida del padre, aunque nadie le atribuía esta responsabilidad; pero sentía que su niño sí lo haría. ¿Acaso podía tener su hijo otra manera de juzgar las cosas que no fuera esa percepción infantil para la cual es imposible separar al padre de la madre como dos caras de una misma realidad, realidad que aumentaba su seguridad, su paz, su felicidad? Pues todas esas cosas no existían sino cuando estaban las dos juntas como lo están las alas de un pájaro. Cuando falte una de estas dos caras ¿quién será responsable ante los sufrimientos de un niño de nueve años si no la cara que permanece. . . la cara de la madre?

Así nació el lenguaje del hijo, el lenguaje de la persecución que se repite todos los días y no termina nunca. Nació del amor y del miedo a la vez. Se desarrolló hasta convertirse en un rito, en una ceremonia que la madre celebra cada día con su hijo y termina cuando el niño se duerme. Tan sólo para dar comienzo a las ceremonias del padre, para dar comienzo al lenguaje de su corazón, lenguaje sin palabras, lenguaje que a veces es el de la sangre que sube a la cabeza y otras es el de los miembros helados. Lenguaje del sudor, de los temblores, de la angustia, del corazón que continúa latiendo con violencia cuando suena el timbre de la puerta o del teléfono, cuando oye una voz desconocida o ve una cara por primera vez, cuando percibe un brillo inesperado en los ojos de los parientes, o un tono extraño en sus voces. Lenguaje del sueño misterioso, de la esperanza que no se oculta ni se hace visible, de la espera que será al mismo tiempo el mejor alimento para la esperanza y para la desesperación. Esperar que vuelva el padre, una mañana o una noche.

La visión de la muerte es su justificación más clara, su excusa, pero ¿cómo ha de aceptar su corazón que él está muerto de verdad sin haber visto su muerte?...

Allí está, surgiendo ante ella del marco dorado, parado aún. No lo cansa estar parado ni lo cansa sonreír. Allí está, siempre joven, eternamente ambicioso, soñando con todo menos con la muerte, más vital que todo lo que existe en este mundo cubierto por el silencio, el más capaz para entender el lenguaje de su corazón, ese lenguaje que sigue purificándose y suavizándose hasta tal punto que le es posible intercambiarlo con su hijo dormido junto a ella, cuando duerme, cuando la une a él un mismo lecho y un mismo sueño.

Rāshid va a la escuela por la mañana y regresa por la tarde. Cada mañana la madre se da cuenta, al despedirlo delante de la elegante "villa", que sus brazos son tan cortos que no llegarán a todos los lugares donde él vaya, que no estarán con él siempre. Cada tarde siente que es otro el niño que recibe, diferente en algunas cosas, un niño que se encuentra con quienes no comparten su miedo por él ni su miedo de él, un niño que escucha y habla un lenguaje del cual no conoce todos los ritos. Cuando comienza la ceremonia diaria de la persecución, ella aprende algunas cosas sobre este lenguaje, porque Rāshid de alguna manera entiende que su país estuvo en guerra, que la perdió, que los enemigos ocupan una parte de su país, que la guerra puede estallar nuevamente, que su padre está allí para expulsar a los enemigos. De sus preguntas interminables sobre la guerra, los enemigos, el ruido de los cañones, los recuerdos de la oscuridad cuando la luz se apagaba repentinamente y sobre su padre, de todas estas preguntas se trenzaban las cuerdas de su lazo cotidiano, lazo que se estrecha todos los días, que consume con voracidad los relatos de la madre, sus excusas, sus justificaciones y que finalmente está a punto de consumir su paciencia.

Una noche Rāshid preguntó a su mamá:

—¿Por qué no viene papá?

Así llegó la pregunta, sin preámbulos, con un tono cor-

tante que denunciaba que también a él se le había agotado la paciencia, que tenía la sensación de que en el asunto había un secreto y que él lo quería conocer, que él, a su vez, tenía otras fuentes para saber, que su madre no era la madre de todo el mundo, que el lenguaje que le oía cada día no era el más sincero de los lenguajes.

La madre esta vez gritó violentamente:

—No sé... igual que tú no lo sé... te he dicho mil veces que no sé. Era la primera vez que levantaba la voz a ese extremo, era la primera vez que el niño se callaba totalmente como si hubiera perdido la capacidad de hablar, ver u oír. Lo estrecha fuertemente contra su pecho, con una violencia mayor que la de su grito, siente que sus brazos son largos y que abraza con ellos al mundo. El niño siente que ella es la madre de todo el mundo, pero los sentimientos de uno y otra duraron sólo un instante. Luego se le olvidó por completo el problema de su padre. Empezó a pensar en las fallas, los defectos de todas las cosas, de la casa, de la comida, de la ropa, de los juguetes...

Deja de lado al padre para pedir todo lo que puede. Su deseo de poseer las cosas se transforma en el deseo de destruirlas y cuando no encuentra qué destruir, parece querer destruirse a sí mismo. Lo único que hace es colgarse de las ramas más débiles de los árboles del jardín, caminar sobre el borde afilado del muro y sus juegos con los niños de la calle se transforman en peleas de las que vuelve cada día con los vestidos y la piel destrozados, manchados de sangre y de polvo. Las docenas de juguetes, de visitas y promesas que le hace su tío no logran convertirlo en el niño tranquilo que habían conocido.

Una noche el tío dice a la madre:

—Creo que ya es hora de que sepa la verdad.

Se contrae la cara de la madre, dice con el nerviosismo que se ha vuelto una de sus características.

—¿Crees que lo va a soportar? ¿Crees que con eso se calmará? ¿Piensas que entenderá? ¿Acaso sabemos si sus penas se acabarán?

—Tengo miedo de que sepa la verdad por otros y de que pierda la confianza en nosotros y en sí mismo.

—¿A qué verdad te refieres? —dijo la madre contemplando fijamente la cara de su hermano, como si lo oyera por primera vez.

—A la muerte de su padre.

Su turbó al decirlo y concluyó con asombro:

—¿Qué dije?

La madre se refugió en un silencio profundo, silencio que su hermano no se atrevió a perturbar, contentándose con seguir mirándola a la cara y compadecerla.

Pero antes de que pudieran decirle la verdad el propio Rāshid los sorprendió con algo que nunca hubieran esperado.

—Mamá.

Su madre lo miró ansiosamente, el niño hablaba con una calma extraña, se movía con la misma calma. Se dirigió a su madre, ignorando al tío que estaba sentado a su lado esa noche.

—Papá me envió una carta.

—¿Qué dices? ¿Dónde?

La madre lo dijo con ansiedad, sin pensar. La angustia se apoderó del hermano, y con un gesto grave en su cara intentó llamarle la atención sobre el peligro de la situación.

—Me pidió que no la mostrara a nadie.

—¿Dónde está la carta?

Su hermano le gritó: "¡Estás loca!". Luego recobró la calma en un intento desesperado por cambiar de tema, tratando de tomar la mano del niño.

—Esta noche lo pasaremos juntos en el parque de diversiones, subiremos a la montaña rusa.

—Papá me dijo que no fuera al parque de diversiones. . .

El niño retiró su mano de la del tío. Éste trató nuevamente de aferrarse a algo y le preguntó:

—¿Qué te dijo papá?

Y antes de que Rāshid respondiera, el tío intentó continuar dentro de la misma línea que había adoptado.

—¡Haré todo lo que papá te diga!

En los labios de Rāshid se grabó la sonrisa de quien ha ganado una partida y no pidió nada más... desde entonces cada uno de sus nuevos deseos estaban precedidos por esta imposición:

—Papá quiere... papá dice...

Y lo hace con la mayor tranquilidad, con la tranquilidad de quien tiene todo el derecho.

El médico les dijo: —No hay de qué preocuparse —luego preguntó—: ¿Han cambiado las exigencias que hace en nombre de su padre?

El tío respondió: —No, no han cambiado, siguen dominadas por la violencia, la preocupación y la ira.

La madre afirmó:

—Se han ampliado un poco; trata de reparar la cerca del jardín, la escalera de la casa. En todo imita constantemente al padre.

El médico dijo:

—¿Por qué no le siguen el juego?

Luego aclaró:

—¿Por qué papá no envía también cartas para vosotros de manera que vuestros consejos o vuestras órdenes sean las de su propio papá?

A la madre no le agradó este juego, no la dejó satisfecha. El mito del papá crece, se convierte en una verdad extraña, que no es armoniosa, porque el papá del niño es un valiente y obstinado aventurero y el papá de la madre un hombre prudente y tranquilo. El papá del niño persigue a los ladrones y a los enemigos, habla el lenguaje de la calle, de la escuela, del club y el papá de la madre cumple con sus tareas, se duerme temprano, es cuidadoso con sus ropas y no habla siempre el mismo lenguaje.

Es evidente que la casa no será lo suficientemente amplia para albergar dos hombres de naturaleza diferente y que el momento del choque entre ambos se acerca sin lugar a dudas.

Una noche estaban los dos solos, madre e hijo, y la radio transmitía un noticiero.

La madre dijo vencida:

—Papá quiere que te duermas temprano.

—No quiero dormirme ahora.

En ese momento la radio describía un combate entre los nuestros y el enemigo, en el que habían caído numerosas víctimas.

—Papá dijo en su carta que Rāshid debe dormirse temprano.

—¿Dónde está la carta de mi papá?

La pregunta sorprendió. El niño escuchaba mirando fijamente la radio. Ella dijo con desesperación:

—¿No le crees a tu mamá?

—No...

Lo estrechó con fuerza contra su pecho para evitar su mirada, y sollozando lo oía decir claramente:

—Papá me dijo que se murió en la guerra...

Sus manos temblaron alrededor del cuerpo del niño. No sabía si lo sostenía o si se apoyaba en él. Todo lo que sabía era que hasta ese momento ella misma no había estado segura de que el padre había muerto, de que algún día podía llegar a morir...

Por la mañana Rāshid fue a la escuela, regresó por la tarde. Se quitó el uniforme, tomó su hacha para seguir reparando la parte destruida de la cerca del jardín. Era la primera vez que lo hacía sin decir: Papá quiere.

La madre se quedó observándolo desde lejos. Vio caer el hacha cerca de los pies del niño y no sintió temor ni por él ni de él. Su corazón no se estremeció cuando sonó el timbre de la puerta, ni se adelantó para abrirla. Rāshid llegó antes que ella y recibió en sus manos la carta que le entregó el cartero.

—La escuela te invita a asistir a la representación tetral que va a dar —y luego aclaró—: voy a representar un papel importante en la nueva obra de la escuela.

En la sala de teatro la madre estaba sentada entre los espectadores. En escena Rāshid representaba el papel principal. Los pequeños actores hablaban un solo lenguaje y la madre y todas las madres en la sala entendían ese mismo lenguaje.